

Jesús y la mentira

José Ignacio González Faus
Sant Cugat del Valles, Barcelona
Centro de Reflexión Teológica, San Salvador.

"En el Evangelio se revela la desaprobación de Dios porque los hombres desfiguran la verdad con la injusticia... Obedecen a la injusticia y desobedecen a la verdad". (*cfr.* Rom 1, 17.18 y 2, 8)

Si el lector conoce el último libro cristológico de J. L. Segundo¹ quizá le habrá llamado la atención el ver que destaca, como rasgo más definidor y garantizado del Jesús histórico, el ser un *desenmascarador de mentiras*, sobre todo de la mentira *religiosa*, que es aquella que falsifica a Dios utilizándolo contra los hombres y en favor de los poderes intermedios de esta historia. La mentalidad de Jesús según, Juan Luis,² es eminentemente anti-ideológica si se entiende por 'ideología' esa trampa en que cae la conciencia social de opresores y oprimidos al justificar consciente o inconscientemente la situación injusta e inhumana de una de sociedad². Cabría parafrasear diciendo que la inminencia del reinado de Dios que Jesús anuncia no es necesariamente cronológica: es *la cercanía de su luz*, que desenmascara —como antirreino— la mentira establecida en la comunidad humana.

Tanto si la afirmación de Juan L. Segundo sorprende a alguien, como si es aceptada, el hecho es que *todos los conflictos conocidos y atestiguados del Jesús histórico parecen tener en su base alguna mentira previa y establecida*.

El conflicto con la ley no versa sobre "la legalidad" de algunas prácticas concretas, sino sobre si la ley está hecha "para el hombre" o para provecho de los poderes que la administran, de modo que entonces el hombre quede "hecho para el sábado".

El conflicto con el templo tampoco versa sobre la moralidad de algunas prácticas religiosas concretas, sino sobre si la idea de morada de Dios y de culto a Dios puede ser compatible con las diferencias (raciales, religiosas, sexistas o económicas) entre los seres humanos.

El conflicto con el judaísmo no versa sobre la legitimidad de las reivindicaciones antirromanas, sino sobre la falsedad de un patriotismo que usa los sentimientos nacionales para mantener adictos a los súbditos, mientras luego negocia con una moneda que lleva "grabada la imagen y la inscripción del imperio".

Y, en resumen, la vida de Jesús es innegablemente una disputa sobre Dios, que tampoco versa sobre si hay que adorar a Dios en Jerusalén o en el Garizim, sino sobre si Dios es un justificador de la injusticia y enemigo de los hombres, o es precisamente el Dios de los hombres y, sobre todo, de los excluidos por los hombres.

Raíces antropológicas del tema

Pero, como ocurre bastantes veces con lo original de Jesús, no hay aquí una novedad *absoluta*, sino más bien un rescate y la consumación de una línea de tradición veterotestamentaria en la que se va dando lo que yo suelo llamar "revelación emergente" de Dios. A esa revelación emergente Dios la retoma, la purifica de condicionamientos "pedagógicos" viejos y la culmina.

Para no entrar aquí en análisis veterotestamentarios que escapan a mi competencia, aunque sean tan tentadores como algunos profetas, evocaremos solamente un dato que tiene carácter ejemplar y simbólico: con frecuencia, en el lenguaje del Antiguo Testamento, lo contrario de la verdad (*emeth, emunah*) no es la mentira sino la maldad (*resa*). Este atisbo, que culmina en Jesús, se prolonga después en las dos conocidas frases de Pablo que encabezan este artículo y que establecen la llamativa *interacción entre injusticia y mentira*: aquélla es causa de ésta y ésta es soporte de aquélla.

Y esta intuición se ve atestiguada por la misma experiencia humana: *para hacer el mal, el ser humano necesita casi siempre mentir y, sobre todo mentirse a sí mismo*. Raras veces el hombre hace el mal llamándolo mal, entre otras razones porque entonces se estaría autocalificando de malo, y no se soportaría a sí mismo.

Jesús de Nazaret, a quien se atribuye el dicho de que los hombres "somos malos" (Mt 7, 11), y del que se nos dice que "sabía lo que hay en el hombre" (Jn 2, 25), parece haber comulgado con esta profunda intuición psicológica. De ahí que su lucha contra el mal y contra el malo pueda ser presentada como una lucha *contra la mentira*. De ahí también que Jesús relacione verdad y liberación (Jn 8, 32). De acuerdo con esto, al decir que los hombres somos malos, Jesús

estaría queriendo decir que el ser humano tiende a construirse una mentira-raíz y a implantarse en ella.

Y esto pasa tanto a nivel personal como colectivo.

Hipócritas y ciegos

La palabra más dura de Jesús para expresar esta mentira-raíz es la de "hipócritas"; a la que se añade la de "ciegos", en aquellos pasajes en que no califica enfermedades físicas, sino que tiene claramente el sentido de "auto-cegados". Ambas acusaciones tienen su raíz en una actitud humana que es la que literalmente desazona a Jesús de los hombres: el embotamiento o el encallecimiento (*pôrôsis*) del corazón (*cf.* Mc 3, 5).

Ambas palabras (hipócritas y ciegos) son mayoritarias en Mateo, que tiende a concentrarlas casi totalmente en los "escribas y fariseos", no por razones históricas, sino porque Mateo personifica en estos dos grupos sociales todo aquello de Israel con lo que Jesús entró en conflicto y con lo que el cristianismo naciente estaba rompiendo. Además Mateo prefiere usar estas palabras en vocativo³, dirigiéndolas al oyente como una acusación. Finalmente, la casi alternancia de ambas palabras en el capítulo 23 de Mateo evidencia que funcionan prácticamente como sinónimos⁴. Por eso nos entretendremos muy poco al analizarlas por separado.

a) Por lo que toca a "hipócritas", puede ser útil notar que tanto Mateo como Lucas conocen algún momento en que Jesús dirige esta palabra a "las turbas" (Lc 12, 56 y Mt 7, 5, con paralelo en Lc 6, 42). Ello permite sospechar que los "fariseos" son en realidad la condensación de una actitud humana.

A su vez, Lucas sólo conserva un pasaje, y su fuente propia, en el que Jesús usa la palabra "hipócritas", también en vocativo y dirigida al jefe de la sinagoga y al público presente en ella (*cf.* Lc 13, 15). Pero curiosamente no ha mantenido la palabra en los pasajes en que Mateo la utiliza⁵, lo que confirma el uso redaccional que hace este evangelista. Y sin embargo, Lucas ha conservado él sólo una observación más genérica en la que afirma que "la levadura de los fariseos es la hipocresía"⁶ y que parece ser una de las aclaraciones lógicas que Lucas suele introducir en muchas situaciones o palabras enigmáticas de Jesús (compárese con el paralelo de esa frase en otro contexto, Mc 8, 14ss).

Finalmente, y por lo que se refiere a Marcos, éste ha conservado la palabra en un pasaje común con Mateo, pero en el que Mateo —siguiendo su costumbre— ha sacado la palabra de la frase para convertirla en un imperativo y darle más fuerza (compárese Mc 7, 6 con Mt 15, 7).

(b) Si ahora pasamos brevemente al vocablo "ciegos" ya hemos señalado su presencia mayoritaria en Mateo, también como vocativo y dirigido sobre todo a escribas y fariseos, mientras que Lucas lo conserva en un contexto mucho más amplio donde funciona casi como parábola (*cfr.* 6, 39).

Pero quizá más importante que la palabra concreta es el dato de que los tres sinópticos han transmitido en labios de Jesús la expresión "viendo, no ven", la cual identifica perfectamente el sentido que tiene ahora la palabra "ciegos" frente a la ceguera como enfermedad física⁷.

Y finalmente —el dato quizá más llamativo con el que cerramos este análisis— Juan ha conservado una frase muy asimilable a ésta de los sinópticos, y en la que además aparece el calificativo que ahora estamos comentando: "He venido para que los que ven se vuelvan *ciegos*" (9, 39).

Esta rápida panorámica permite concluir: (a) que hay un testimonio múltiple por lo que toca al contenido de estas expresiones y, además, (b) un elemento innegable de conflictividad en su uso. Si a eso añadimos (c) que la palabra "hipócritas" sólo aparece en el Nuevo Testamento en labios de Jesús, tenemos razones para sospechar que en ambas palabras nos encontramos con una acusación real (una *ipsissima accusatio*) de Jesús, aunque quizá no sea posible delimitar con mayor certeza histórica los contornos exactos y los contextos de esa acusación.

Pero aquí tampoco lo necesitamos. Más importante es para nosotros acercarnos a los contenidos de esa queja.

Para ello, y como observación previa, es importante señalar el uso siempre *plural* de esta acusación. Jesús nunca designa con ella a ninguna persona aislada, ni aun a sus mayores enemigos. Se pone aquí de relieve no sólo el exquisito respeto del Nazareno por cada individuo concreto, sino sobre todo esto otro: *Jesús denuncia un mecanismo de mentira que está implantado en los diversos ámbitos, climas o estructuras de relación que constituyen a cada ser humano*. No sólo en el interior de cada cual, sino además en todo ese "mundo" sin el que nadie sería hombre. Por eso no define meramente a individuos aislados, sino a colectivos (fariseos, escribas, turbas...).

Contenidos de la hipocresía

Y tras esta aclaración previa, veamos ya los contenidos evangélicos de la hipocresía.

(1) En primer lugar se designa ese mecanismo tan clásico de *ver sólo lo que se quiere ver*.

El ámbito de aplicación de este mecanismo es —como sabemos por experiencia— muy amplio. Unas veces el hombre sabe ver la paja en el ojo

ajeno, pero no quiere ver la viga en el propio (Mt 7, 5; Lc 6, 42). Es decir: el hombre *miente* al tener siempre una medida diversa para medirse a sí mismo y a los otros; y además una medida favorable a sí mismo. Caben aquí tanto la imprecación que acabamos de citar, como la pregunta dolorida de Lucas 13, 15 (hipócritas ¿No llevan ustedes los animales a beber, aunque sea en sábado?)⁹.

Otras veces, el hombre sabe ver perfectamente el significado de muchos acontecimientos, pero de otros "casualmente" no. Y estos otros son precisamente aquellos en lo que Dios le habla (los signos de los tiempos, *cfr.* Lc 12, 56). Cuando le conviene entiende y cuando no le conviene no. Valdría aquí para Jesús la siguiente parodia de un conocido refrán castellano: no hay peor ciego que el que no quiere ver.

(2) En segundo lugar, Jesús designa como hipocresía *una relación con Dios exterior, que no cambia lo profundo de la persona*.

En este grupo cabe toda la crítica jesuánica de la religión del capítulo 6 de Mateo⁹, que puede resumirse así: "que su relación con Dios no sea como la de los profesionales de la religión". Entra además el pasaje del lavatorio de manos, en el que Jesús retoma una antigua acusación profética y la califica como hipocresía ("Hipócritas: ustedes me honran con los labios, pero su corazón está lejos de Mí", *cfr.* Mt 15, 7). El hombre sitúa a Dios en la opinión de los demás, en el vestido, las palabras, los ritos o las abluciones, pero no en lo que la Biblia llama "el corazón": la mentalidad o lo más profundo del hombre.

Aquí entra también uno de los pasajes más escandalosos del evangelio, y más pertinentes para nuestro estudio, aunque no aparezca allí la palabra "hipócritas". Se trata de la distinción fundamental que hace Jesús, y que sus seguidores hemos procurado olvidar cuidadosamente (El nos diría que "hipócritamente") entre "creer en Dios" y "conocer a Dios". Creer en Dios — con permiso de la jerarquía católica actual— *no sirve para nada*: lo decisivo es "conocer a Dios". Creyendo en Dios ¿se puede matar al hermano (incluso a los mismos enviados de Dios) con la conciencia tranquila, y pensar que se hace un servicio a Dios!: "Llega la hora en que los que los maten creerán hacer un servicio a Dios. Y obrarán así porque no han conocido al Padre ni a mí" (Jn 16, 2-3). La diferencia entre *creer* y *conocer* viene dada por la experiencia espiritual del amor del hombre, en la que Dios se hace presente¹⁰. Mientras que no pocas veces la mera creencia en Dios funciona hipócritamente como excusa para dispensarse de ese amor.

(3) Por último, y como derivado de lo anterior, *utilizar la relación humana, no para poder escuchar, comprender (y eventualmente aprender), sino para poder condenar*.

Se trata aquí de eso que los evangelistas califican en los interlocutores de Jesús como afán de "pescarlo en alguna palabra" (Mt 22, 15; Lc 20, 20), y que

Jesús desautoriza como hipocresía de la ortodoxia (*cf.* Mt 22, 18). Hipocresía no sólo por el contraste burdo entre la intención y las palabras de aquella relación ("sabemos que eres veraz, que enseñas el camino de Dios y no tienes acepción de personas": 22, 17), sino, sobre todo, porque quienes tanto afán tienen de pescarle en alguna palabra pueden ser muy fácilmente atrapados en el planteamiento de sus vidas: el patriotismo les entra a la hora de pagar el tributo, no a la hora de hacer el negocio.

Como se ve por esta rápida presentación, la hipocresía tiene para Jesús una dimensión más profunda que la simple contradicción entre las intenciones de un hombre y sus obras o palabras. El hipócrita de Molière es sólo un reflejo posterior que hace reír. Jesús no se contenta con presentar ese contraste burdo. Va a la raíz que hace posible ese tipo de conductas: la mentira que se implanta en el ser humano y en sus constitutivas estructuras de relación.

(4) Pero de todos modos, ese contraste clásico entre palabras y obras puede percibirse también en el discurso que Mateo compone en su capítulo 23.

Ya hemos comentado la constante presencia, casi alternada, de las acusaciones de hipócritas y ciegos, que permitiría leer este discurso como una ampliación de lo que Lucas había dicho más brevemente: "la levadura de los fariseos es la hipocresía". Enumeraremos algunas de esas denuncias concretas en que, por así decir, rebosa o se desborda la mentira inherente a lo humano. Elijo sólo aquellas en las que aparece expresamente el calificativo de hipócritas:

- Una severidad que no tiene que ver con el bien del otro sino con mi envidia (v. 13)¹¹.
- Una oración que no tiene que ver con el bien de aquel por quien se reza, sino con el bolsillo del que reza (v. 15).
- Un celo apostólico que no pretende darle a Dios hombres, sino dominarlos uno (v. 16).
- Una fidelidad a lo pequeño que sirve para enmascarar la infidelidad a lo grande y primario (v. 23).
- Limpiar sólo lo exterior y visible (vv. 25 y 27). Aquí estaría la definición "clásica" del hipócrita antes evocada. Pero Jesús no se limita a decir que lo interior no está limpio, sino que subraya que está profundamente sucio.
- Honrar a los profetas ya muertos mientras se sigue persiguiendo a los vivos (v. 29)..

Pero no se comprendería nada de la intención que Mateo atribuye a Jesús, si se pensase que los escribas y fariseos eran hipócritas simplemente "porque hacían estas cosas". Estaríamos otra vez en la comedia de Molière. Jesús les llama hipócritas *porque habían llegado a hacer esas cosas de buena fe*. Y de

aquí derivan tanto la "razón" que tienen aquellos jerarcas para sentirse ofendidos y buscar que Jesús pague caras sus palabras, como la interpelación que esas palabras siguen teniendo para nosotros hoy.

A modo de balance

Creo que podríamos resumir y unificar todo lo anterior, de la siguiente manera:

La mentira, para Jesús *tiene mucho que ver con "el corazón"* del hombre (y esto es lo más profundo de ella): no tiene que ver simplemente con la voluntad del hombre.

O con otras palabras: antes que el mentir o engañar a otros existe en el hombre *un mentirse y engañarse a sí mismo*, que es mucho más serio. Quizá este proceso comienza exteriormente por un mero engañar a otros respecto de sí mismo; pero el mayor castigo de esta duplicidad es que uno acaba creyéndose a pie juntillas ese engaño. Con el color que hoy tienen para nosotros las palabras usadas en los evangelios, podríamos decir que uno comienza haciendo el "hipócrita" (siendo "doble") y acaba siendo "ciego" (autoengañado). Huelga señalar hasta qué punto esto mismo está enseñado por Pablo en la primera parte de la carta a los romanos aplicándolo ahora a toda la humanidad, y tipificando esa forma de autoengaño en el hombre pagano y judío (en "los malos y los buenos" desde la óptica de los lectores de Pablo)¹².

Y lo más sorprendente es que toda esta visión aparece corroborada en la óptica del cuarto evangelio, tan diverso de los sinópticos, y tan poco sospechoso desde el punto de vista de una estricta historiografía anecdótica. Esto es lo que nos queda por ver para concluir.

La visión joánica

(1) En primer lugar, el Jesús del cuarto evangelio parece hablar más de la verdad, que de la mentira o la hipocresía. Pero la verdad no es para él cosa exclusiva del conocimiento sino, más radicalmente del corazón: depende de que se "ame la luz o las tinieblas" (*cfr.* 3, 19). Y ese amor, a su vez, está relacionado con las obras del hombre: con "hacer la verdad o caminar en las tinieblas" (3, 20, 21). Lo de "hacer la verdad" resulta meridianamente claro: que —en algún sentido— la verdad y la mentira *se hacen* antes de ser conocidas, constituye un dato fundamental de la antropología jesuánica.

Es este mismo sentido hay otro pasaje donde el Jesús de Juan repite con un tono sapiencial que, por vocabulario y estilo, podría evocar alguna página de Buda:

"Todavía les queda un rato de luz.

Caminen mientras tengan luz, para que no les envuelvan las tinieblas.

Que el que camina en las tinieblas no tiene idea de a dónde va.

Cuando tengan luz, fíense de la luz para que sean partícipes de la luz" (Jn 12, 35-36)¹³.

Curiosamente, otra vez, *conocer tiene mucho que ver con caminar*. Quizá la luz no está siempre a disposición del hombre. Pero algunas veces sí. Y lo decisivo de toda vida es ese *fiarse* de la luz y *seguirla* cuando se presenta.

Se trata, pues, de una actitud global de toda persona, no de algo exclusivamente cognoscitivo. Pero, cuando esa actitud no se produce, la mentira queda implantada en el hombre, tal como Jesús denunciaba. Y en este caso lo que acaba sucediendo no es que el hombre sabe que va por un camino malo. No: es más bien que "no sabe a dónde va".

(2) En segundo lugar conviene evocar aquí otro detalle lingüístico del cuarto evangelio. La raíz del mal (ahora personificada), el "príncipe" del antirreino es calificado por Juan como *mentiroso* y padre de la mentira" (8, 44). Esta es nada menos que la razón de que Satán sea "homicida desde siempre" (*ibid.*). En sí mismo será tal vez el padre de la maldad, pero en su actuación con los hombres, es definido como padre de "la mentira". No sé si cabe una forma más clara de decir que, en la raíz de la maldad humana hay una especie de "mentira implantada". Y en este punto, el cuarto evangelista parece reproducir —a través de sus elaboraciones teológicas— la visión del Jesús histórico.

Digamos para concluir que un ejemplo eximio de esa falsificación implantada puede ser la distinción que hace Juan entre creer en Dios y conocer a Dios, y que ya hemos comentado. Y ahora para cerrar este artículo quisiera prolongarlo con algunas reflexiones que nos hagan regresar de la Biblia a la realidad.

A modo de conclusiones

(1) Según testimonio de los evangelistas, que es históricamente fidedigno, Jesús no dirigió este tipo de acusaciones contra los de fuera, sino sólo contra los suyos.

Y este modo de proceder tiene una razón importantísima. Pues el peligro de esta visión jesuánica y cristiana del hombre —que a mí me parece enorme rica y liberadora— reside en la posibilidad de malutilizarla como hicieron los judíos con la ley: convirtiéndola en una ventaja personal con la que condenar a los de fuera.

No sé si es por eso que esta visión del hombre (que antaño estaba mucho más presente en la conciencia cristiana) se ha borrado bastante de nuestro

horizonte creyente. Quizá para evitar convertirla en un privilegio contra los demás. ¿Quién no recuerda aquellas acusaciones tan fáciles de que "el que no cree es porque no quiere o porque es malo" etc., cuando —para empezar— sólo Dios sabe quien tiene fe y quien no, puesto que la fe es mucho más que una mera pertenencia jurídica?

Por eso diremos brevemente, como primera conclusión, que semejante tergiversación esta excluida por la misma doctrina expuesta en este artículo: pues equivaldría a ver la paja en el ojo ajeno y no querer ver lo que hay en el propio. Sería falsificar la relación con Dios y con los hombres, convirtiéndolas en una peana desde la que despreciar a los demás. Exactamente todo lo que dijimos que constituía el contenido de la hipocresía y la ceguera denunciada por Jesús.

(2) A lo largo de su vida Jesús, "aunque era el Hijo, aprendió en sus propios sufrimientos" que el reino de Dios no tiene cabida en este mundo, aunque deba tener signos internos en la historia, y aunque ésta sólo pueda progresar realmente en dirección a él. Por eso fue cambiando de estrategias, buscando lo que podía ser más fecundo para cada momento; pero sin que esa búsqueda de eficacia cediera a tentaciones que ya no transparentarían a Dios en su actuación.

De esta lección cabe hacer ahora una aplicación a niveles personales y otra a niveles estructurales.

No hace falta recordar que la tentación del reino en este mundo o (más en nuestro lenguaje) del cielo en la tierra, ha sido una tentación de nuestra modernidad (y hasta, si se quiere, provocada por sus raíces cristianas). Recuerdo que, en 1980, en Nicaragua, oí un discurso de Tomás Borge, salpicado de alusiones bíblicas, en el que literalmente prometió a los oyentes que los sandinistas les iban a dar "el cielo en la tierra".

Hoy todo el género humano está de vuelta de esas ilusiones a niveles *históricos*. Pero la tentación postmoderna parece decir que, si renunciamos al cielo en la tierra a niveles políticos, podremos encontrarlo a niveles *individualistas*. Y, por tanto, que cada cual se vuelva a buscar su propio cielo.

Por ello quizá convenga repetir que el cielo individual sólo nos puede ser dado, como decía Jesús, "por añadidura" cuando buscamos el reino y su justicia (*cf.* Mt 6, 33). Y si se me permite ejemplificar en algo que es tan de hoy como de siempre, pero que hoy se vuelve particularmente cruel, haré una alusión al tema del amor, cuyas promesas siguen siendo para los seres humanos tan tercamente seductoros.

Es cierto que el amor puede producir las mayores satisfacciones, pero sólo cuando no se las persigue. O, como decía Jesús, solo por "añadidura". Empeñarse en buscarlas y conquistarlas como un cielo en la tierra, como si uno

podría ser el "marido de la peluquera" con sólo proponerlo, es otras de esas mentiras que se implantan en nosotros, y que llevan después a satisfacciones falseadas o a empresas imposibles: a "flores de plástico" o a experiencias de "desarmonía preestablecida", en las que cada cual cree que el cielo existe efectivamente, y precisamente en aquel amor que es imposible (bien porque se trata de "la mujer del otro" o porque no suscita la respuesta esperada, o por lo que sea). Y esto lleva a un baile de insatisfacciones afectivas o a una emotividad de Tántalo (que además nos obliga a presumir que no es así, porque, si no, se desmoronaría la mentira radical y nos veríamos obligados a ser honrados con la realidad). Por eso puede ser bueno que los hombres de hoy se pregunten si no era más sabia aquella actitud antigua (forzada muchas veces por faltas intolerables de libertad, es cierto) que procuraba sacar el mejor partido de lo que se tiene, en lugar de empeñarse perpetuamente en lo que no se puede tener.

Este ejemplo era sólo para concluir que la trayectoria de Jesús libera precisamente de esa mentira del "cielo y de la tierra", y que aquí vale aquello de la verdad que hace libres. Pero a mí me interesa más la conclusión que sigue.

(3) ¿Significa lo anterior que en el campo político sólo hay espacio para la resignación? Vivimos una época (o quizás son así todas las épocas) de profunda injusticia social y de las inevitables reivindicaciones consiguientes. Mientras escribo esto hay mineros encerrados en pozos asturianos. Y el gobierno parece ir optando por recaudar a través de la imposición indirecta, que es mucho más injusta, pero también mucho más cómoda que perseguir el fraude de los grandes en la imposición directa.

Si no es posible eliminar la injusticia, ¿sólo cabe la resignación? Yo creo que al menos cabe luchar contra *la mentira*. O con otras palabras: no tengo inconveniente en reconocer que si yo estuviera en el lugar del señor ministro (y tuviese su innegable competencia de que carezco), seguramente actuaría como el actúa (y, en este momento, que me perdonen los sindicatos porque lo que ahora interesa es otra cosa). Seguramente, pues, actuaría como él actúa. Lo que no haría es *hablar* como el habla.

Desde la óptica humana de Jesús no se puede alardear de que España es un paraíso para hacer grandes negocios en poco tiempo, porque eso oculta que la cantidad de dinero existente es limitada, y uno no acumula demasiado dinero sin quitárselo de algún modo a los otros (aunque sea a través de unas mediaciones que, como dejan tan distantes sus efectos, permiten tranquilizar la conciencia). Desde la óptica humana de Jesús no debe hablarse asépticamente de "moderación" salarial ni aunque se conozca que es un medio magnífico para controlar la inflación: hay que hablar simple y verazmente de "injusticia" salarial¹⁴. Ni se debe hablar de beneficios sin ninguna "ley de hierro", ni aún cuando se reconozca que van muy bien para la inversión; sino que hay que hablar honestamente de beneficios injustos¹⁵.

Y ¿para qué sirve este lenguaje? Simplemente para no quedarnos atrapados por la mentira. Pues si hablamos de salarios injustos, y de beneficios injustos, y dado que ambos resultan por otro lado tan necesarios, se abrirá nuestra conciencia a lo que no queremos ver: *nuestra eficacia, la eficacia de nuestro sistema, se construye con la injusticia*. Mantener una conciencia así sería acicate y camino para comenzar a cambiarlo. Y aquí valdría aquello de la verdad que libera.

Porque una de dos: o es una ley de *toda realidad* el que la eficacia se construye con la injusticia, o es una ley *del sistema* que hemos ido montando.

En el primer caso, la realidad es intrínsecamente injusta, y hay que abandonar toda persecución de justicia y no sé si podemos, por ejemplo, condenar el impuesto revolucionario de los etarras, porque es claro que les resulta necesario y tremendamente eficaz. Como también a Bush le pareció que cien mil civiles iraquíes muertos era lo más eficaz para sus intereses geoestratégicos, y a nosotros nos pareció correcto. Si la realidad es intrínsecamente injusta y la injusticia el único camino de la eficacia, no queda más que la vuelta a la selva (que, a lo mejor, es sólo el reconocimiento de que ya estamos en ella). Y la civilización, como ya ha dicho alguien, "no podrá consistir en que los hombres dejen de ser antropófagos, sino sólo en que los antropófagos coman con cuchillo y tenedor".

Pero en el segundo caso, si lo injusto es nuestro sistema, estamos obligados a ir buscando la manera de cambiarlo. Podrá ser un cambio lento y difícil, pero lo innegable es que es ahí donde hay que ir, y que ésa debe ser la primera meta de nuestro movimiento.

Esto es lo que no queremos ver. Y me pregunto si Jesús no nos diría aquello de que "viendo no vemos".

Notas

1. *La historia perdida y recuperada de Jesús de Nazaret*, Santander 1991.
2. *Op. cit.* 233. Este párrafo aparece al comienzo del capítulo 3, como resumen del capítulo anterior (quizá el mejor del libro) que ha presentado la predicación ("parábolas y polémicas") de Jesús.
3. La de "hipócritas" con la excepción de su capítulo 6 ("no hagan como los hipócritas"); y la de ciegos con excepción de Mt 15, 14 ("si un ciego guía a otro ciego...").
4. Hipócritas: Mt 23, 14.15.23.25.27.29. Ciegos: Mt 23, 16.17.19.24.26.
5. Compárese Mt 23, 14-29 con Lc 11, 46-53.
6. *Cfr.* Lc 12,1. Los otros sinópticos se limitan a identificar la "levadura" de los fariseos con su "doctrina". Claro que si el consejo es guardarse de ella, implica igualmente un aviso contra la falsedad de esa doctrina.

7. En este momento es indiferente si la versión más auténtica es la que constata el hecho (Mt 13, 13) o la que lo presenta como un designio de Dios ("para que, viendo, no vean": Lc 8, 10 y también Mc 4, 12) pues en este caso —y según el lenguaje bíblico— Dios no haría más que "entregar al hombre a su pecado" o a su ceguera previa.
8. El hecho de que Mt 7, 5 hable de "hipócrita" en singular no contradice lo que antes hemos dicho, puesto que se trata de un "tú" abstracto, dirigido a todos los seres humanos.
9. Cuando hagan obras religiosas (rezar, ayunar etc.) no hagan como los hipócritas. *Cfr.* Mt 6, 2.5.16.
10. Ya es sabido hasta qué punto se repite en las mismas tradiciones en las que nació el cuarto evangelio: todo el que ama ha conocido a Dios; el que no ama no conoce a Dios (vg. 1Jn 4,7) etc.
11. Típica de la envidia es esa motivación tan humana que el evangelista describe aquí: prefieren no entrar ellos, con tal que no entren los otros.
12. Lo referente a Pablo, lo he tratado más expresamente en *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*; Santander 1992 (2a. ed.), 202-216.
13. El original no dice partícipes, sino "hijos de la luz". Pero ya es sabido que en la lengua hebrea, tan pobre de calificativos, la expresión "hijo de" se usaba para designar la cualidad de una cosa. Por eso algún autor traduce hijos de la luz por "iluminados". Con ello la evocación de Buda estaría mucho más implícita, aunque alguien podría pensar que la iluminación es muy distinta en Jesús que en el Mautama: porque en este se limita a la mentira de la realidad (*maya*) mientras que en Jesús descubre la "fuerza del reino", como una semilla presente en la inanidad de lo real. Pero esto, para mí, no resulta tan claro si se recupera la categoría de la compasión (*Karuna*), que parece muy típica de Buda y muy desconocida en sus versiones occidentales.
14. Una de las verdades interesadamente sepultadas en nuestra sociedad neoliberal es que la justicia del salario no viene determinada ni por su legalidad, ni por sus ventajas políticas, ni siquiera porque haya sido aceptado (ya la *Rerum Novarum* que, por lo demás, llegó bastante tarde y era bastante moderada decía que "si el obrero, obligado por la necesidad o acosado por el miedo de un mal mayor, acepta una condición más dura porque la impone el patrono o el empresario, esto es violencia contra la cual la justicia protesta", N. 32). Apoyándose en el número siguiente de esta misma encíclica, I. Camacho describe así la justicia del salario: "debe asegurar la cobertura de las necesidades básicas del trabajador y permitirle un margen de ahorro para ir constituyendo con él un pequeño patrimonio" (*Cien años de doctrina social de la iglesia*, Cuadernos FyS, P. 11). ¿Pensaría León XIII, entre esas "necesidades básicas" en la vivienda?...
15. Entre otras razones porque si se reconoce (y esto lo afirman todos) que es precisamente la moderación salarial el aporte indispensable para esas inversiones, parece claro que la inversión se hace con dinero del trabajador, no del inversor. Y ello deja pendiente la pregunta de quién es justamente el dueño de lo que produzcan esas inversiones...